

vales sugirió la idea de la composición de un oficio particular dedicado a María, el Oficio Parvo, cuya recitación debería preceder siempre a las Horas Canónicas, y que poco a poco fué imponiéndose universalmente.

Sugerencia desde luego amorosa y filial, pero que trajo el inconveniente de alargar notablemente las horas de coro, con detrimento de la solemnidad y de la perfecta ejecución artística. Y Clemente VI. *saluberrimo consilio*, con laudable inspiración, espigó entre la antigua literatura litúrgica y encontró cuatro composiciones distintas que destinó a ir esmaltando al fin de las Horas, las cuatro épocas principales en que se divide la celebración anual del misterio Redentor. Sin constituir un peso insoportable, servían para terminar los actos del culto con un delicado recuerdo a la que es la auxiliadora perpetua del pueblo de Dios.

*Alma Redemptoris Mater*.—Compuesta en versos hexámetros, se la ha insertado entre el Adviento y la época que sigue a Navidad, tal vez porque comienza exaltando el misterio sublime de la Divina Maternidad, que fué concedido a María, sin que padeciera por otra parte mengua alguna el privilegio de su perpetua Virginidad. Pero es que además el Adviento refleja las ansias de los Padres del Antiguo Testamento, suspirando por la llegada del Redentor, y tanto el texto como la melodía reflejan el gozo de la naturaleza entera, ante la aparición de la que es «estrella de los mares», que anuncia con sus suaves reflejos la aparición del Sol de justicia, que a Ella la convertirá en puerta del cielo y por su mediación, a nosotros y todo el mundo caído, nos franqueará la entrada y el retorno a la Patria. Herman Contracto, autor de esta composición (s. XI), supo aunar el pensamiento profundamente

teológico con el arte y la poesía más refinados, y en melismas exuberantes un poco atormentados reflejar los combates que libra la Humanidad atribulada, que no encontrará consuelo sino dirigiendo su mirada a María, única esperanza del «mundo caído», pero que «ansía redención».

*Ave Regina Caelorum*.—Los siglos XIII y XIV abundan en motetes sencillos, compuestos en versos de ocho sílabas y con rima perfecta, de la que tenemos un modelo en la antifona marial que la Iglesia prescribe desde el 2 de febrero hasta las festividades de la Pascua.

Septuagésima y Cuaresma constituyen la época penitencial, tiempo de ascesis, de lucha. El cristiano saluda a la Reina de los Angeles con este canto de epopeya. Es el saludo del paladín cristiano a la Señora, que además la escoge como enseña de su pelea y, en definitiva, de su triunfo.

*Regina caeli*.—Su origen sería angélico y celestial. La tradición asegura que el pueblo cristiano aprendió a recitarla oyéndola cantar a los ángeles. Era el anuncio de la cesación de la peste que asolaba a Roma bajo el pontificado de San Gregorio *el Grande*. El Pontífice recorría con sus fieles las calles de la ciudad, y al llegar frente al Mausoleo de Adriano, un ángel apareció en lo alto de la ingente fortaleza envainando la espada, mientras se debajan oír melodías ultraterrenas cantadas por voces misteriosas, invisibles.

La elección de esta antifona para el tiempo pascual no era dudosa, pues canta la victoria de la Resurrección y constituye el parabién a la Madre por el triunfo de su Hijo resucitado.

*Salve*.—La cuarta de la serie es la más popular, la más piadosa, la más emotiva y